

A romantic scene between a man and a woman in a dimly lit room. The man, with dark hair and a beard, is wearing a light-colored shirt and is leaning over the woman. The woman, with long, wavy brown hair, is wearing a light-colored, long-sleeved dress and is lying down, looking up at the man. The background is a blurred interior space with warm lighting and a patterned wall.

la
REHEN
del millonario

ELSA TABLAC

A romantic scene between a man and a woman in a dimly lit room. The man, wearing a light-colored suit, is leaning over the woman, who is lying down. They are both looking at each other with affection. The woman is wearing a light-colored dress and a gold watch. The background is a blurred interior space with warm lighting and decorative elements.

la
REHEN
del millonario

ELSA TABLAC

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[La rehén del millonario](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[EPÍLOGO](#)

[NEWSLETTER](#)

[Otros títulos](#)

LA REHÉN DEL MILLONARIO

Millonarios de Manhattan #6

Primera edición: Agosto 2023

Copyright © Elsa Tablac, 2023

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Cassidy es una *personal shopper* de éxito con una apretada agenda. Un día acude al ático del millonario Samuel Percival para renovar su armario.

Nada es lo que parece en esa mansión suspendida en el cielo de Manhattan. Para empezar, una enigmática ama de llaves custodia una puerta amarilla que Cassidy no puede abrir.

Y por si fuera poco, Samuel es encantador e irresistible, exactamente el tipo de hombre que puede ponerla en un aprieto.

Pero Cassidy es demasiado curiosa. ¿Es posible que detrás de esa puerta haya otra mujer...prisionera? ¿Sería eso un impedimento para dar rienda suelta a lo que siente por Samuel?

La rehén del millonario
Millonarios de Manhattan #6

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

CASSIDY

El imponente rascacielos Golden Percival me tapaba el sol, así que me quité las gafas oscuras para admirar sus inmaculadas ventanas de espejo.

Recuerdo que pensé que parecía un auténtico palacio de hielo, plantado ahí, en mitad de Manhattan. Tenía entendido que pertenecía a la familia Percival desde hacía varias generaciones. Sarah, mi socia, no había sabido decirme si pertenecía por completo a nuestro cliente, Samuel Percival, o por el contrario era una herencia familiar, pero supuse que no tardaría mucho en averiguarlo.

Avancé con paso firme hacia el *hall* del lujoso edificio.

Un mozo me esperaba junto a la puerta giratoria.

—Vengo a ver al señor Percival —anuncié—. ¿Puede avisarle de que estoy aquí? Soy Cassidy Parker, la *personal shopper*. Deben estar esperándome.

El tipo me miró con cierta desconfianza. Y solo un instante después parecía estar aguantando la risa.

—Claro, señorita. Acompañeme al mostrador un segundo. Yo nunca hablo directamente con *mister* Percival, pero supongo que su ama de llaves estará al tanto de su visita.

Casi se me escapa la risa. *Es surrealista*, pensé. ¿Un ama de llaves? ¿Estamos en el siglo diecinueve? Por supuesto, no pensaba quedarme con la duda, aunque no sabía si el portero tenía ganas de conversación.

—¿Un ama de llaves? ¿En pleno Manhattan?

El portero del rascacielos suspiró.

—Se trata de la señora Bellevue. Trabaja con la familia Percival.

De repente tenía muchas más preguntas, y abrí la boca, dispuestas a formularlas. Menos mal que entendí que aquel tipo no estaba allí para cotillear sobre su jefe supremo. De entrada, me llamó la atención que dijese que “nunca hablaba directamente con Percival”. ¿Era Samuel uno de esos millonarios que habitan dentro de una burbuja y no quieren tratar con nadie que no sea de su círculo más cercano?

El portero colgó el teléfono.

—Todo bien. Puede subir. La esperan arriba.

—Pero, ¿qué piso...?

—El ático.

Claro. ¿Dónde iba a alojarse alguien como Samuel Percival si no era con la ciudad a sus pies?

Le di las gracias y me encaminé hacia el ascensor. Me molestaba reconocer que me sentía algo nerviosa. Era la primera vez que sentía algo así de camino a visitar a un cliente. Era uno de

los edificios más imponentes que había visitado, y eso que llevaba unos cuantos a mis espaldas.

A Sarah y a mí nos iba bien. Nuestro negocio nunca ha sido lo más original del mundo. Pero es simple y funciona. Nos dedicamos a poner orden en los armarios de los hombres y mujeres más acaudalados de Manhattan.

Los tipos como Samuel Percival suelen tener buen gusto —y dinero, por descontado—. Pero en muchos casos carecen de tiempo para renovar su guardarropa, y ahí es donde Sarah y yo entramos en acción.

Nuestro cometido es simple: acudimos al domicilio del cliente, asaltamos su intimidad —es broma, me refiero a que revisamos a fondo su armario— y nos deshacemos de todo lo que ya no sirve. Después renovamos ese armario a gusto del cliente, con nuevas prendas de ropa, generalmente hasta la siguiente temporada o hasta que el susodicho tenga un evento especial. Es rara la vez que no hayamos vuelto a saber de uno de nuestros clientes. Tanto Sarah como yo tenemos un ojo clínico para acertar con tallas, colores y estilo. Lo dicho: tenemos éxito. Nos va bien.

Llegué en un suspiro a la planta veintiséis del rascacielos Percival. Generalmente solía echar un vistazo en internet para ver qué me encontraba sobre nuestros clientes. Cómo son. Cuál es su estilo. Las fotos me ayudan. Me sirve ver algunas instantáneas o vídeos en un contexto social y así tomar unas notas rápidas sobre las marcas y tejidos que pueden encajar, pero en esa ocasión sinceramente no había tenido tiempo.

En un principio era Sarah quien iba a ocuparse de la renovación del armario de Samuel Percival. Era ella quien lo había “estudiado”. Pero a última hora le surgió un “asunto familiar” en el que no quise indagar, y me pidió de un día para otro si podía cubrirla con este cliente.

—Necesito que te encargues tú del armario de Samuel Percival. Te debo una. Puedes cobrártelo con creces, Cassie.

Acepté sin pensarlo y no hice preguntas. Si Sarah me aseguraba que no podía ocuparse de uno de los hermanos Percival, tal vez el más enigmático y atractivo, dado que el me temo que el resto ni siquiera vivía en Nueva York, supuse que era porque mi socia tenía algo importante entre manos. Algo mayúsculo que no me quiso decir. Pero ella es así. Es reservada y misteriosa y nunca habla demasiado sobre su vida personal. Es curioso cómo ha evolucionado nuestra relación.

Antes de trabajar juntas ya éramos muy buenas amigas, y ahora que compartimos un negocio, nuestra relación es incluso mejor. Y supongo que se debe a que ambas nos guardamos nuestra parcela personal y nos centramos cien por cien en dar lo mejor a nuestra selecta clientela. Y apenas hablamos durante el fin de semana. Respetamos esa parcela de tiempo para desconectar.

No tuve que llamar al timbre. Me sorprendió que la puerta estuviese abierta.

Me asomé tímidamente.

—¿Hola?

Una voz masculina, grave y profunda, retumbó al otro lado de la sala. Traté de ubicarla. Esperaba en el umbral de la puerta, sin atreverme a irrumpir en el espacio personal de Percival.

Creía que era la “ama de llaves” quien me atendería, la persona que me daría las instrucciones sobre las prendas que el señor necesitaba. Pero en cuanto lo vi aparecer al fondo del pasillo, con una sonrisa que no esperaba y sus ojos clavados en mí, supe que aquello no sería fácil ni rápido.

Nada iba a ser fácil con Samuel Percival.

Me quedé petrificada.

Sospechaba que era atractivo, pero ¿tanto?

Y lo primero que me surgió fue una recriminación silenciosa, destinada a mí misma:

¿Por qué no averiguaste bien quién era antes de venir?

Era exactamente el tipo de hombre que solía traerme problemas, pero también el que hacía que me girase por la calle. Estoy acostumbrada a tratar con hombres ricos, pero hace demasiado tiempo que me comprometí a no mirar de esa forma a mis clientes. Respiré hondo, tratando que él no notase mi súbito acaloramiento.

No sé por qué, pero esperaba a un hombre de mediana edad. Sin embargo, Samuel aparentaba apenas tres o cuatro años más que yo, debía rondar los treinta y cinco.

—Cassidy —pronunció mi nombre, ofreciéndome su mano al mismo tiempo—. Bienvenida. Soy Samuel.

—Vaya...Creo que... esperaba al ama de llaves —balbuceé.

—Sheila ha salido. Anda ocupada esta mañana. Tenía que atender unos asuntos. Pasa, por favor. Acompáñame a mi despacho.

De repente entendí lo del ama de llaves. Los primeros pasos que di en el hogar de Percival me dejaron perfectamente claro por qué aquel sitio necesitaba esa figura.

Era un auténtico palacio en la cima del mundo. Lo que desde fuera parecía un edificio moderno y funcional dentro se convertía en un hogar recargado, no falto de detalles. Al menos en una primera impresión, en las estancias que atravesé en ese momento. Contemplé con disimulo las paredes, cubiertas con algunos tapices. De repente tenía preguntas para Samuel Percival que no iba a poder formular, y no podía apartar la mirada de su nuca.

Recuerda a lo que has venido, Cassidy; pensé. Y en ese momento me convencí de que debía replicar exactamente lo que hacía siempre que visitaba a uno de nuestros clientes. Punto por punto. No podía dejar que los destellos de aquel palacio me cegaran.

Llegamos a su despacho, situado detrás de dos enormes puertas blancas. Antes de permitirme el paso, Samuel se giró, sonriente, y me dijo:

—¿Sabes una cosa? Es gracioso. Eres la primera persona que dejo que entre aquí. En mi despacho. Ni siquiera Sheila está autorizada.

CAPÍTULO 2

SAMUEL

Era exactamente lo que esperaba. Cassidy Parker me deslumbró desde el instante en que la vi, al fondo del pasillo. La había visto hacía unas semanas en una entrevista para la televisión, en la que contaba algunos detalles sobre su trabajo. Lo que supe en ese instante fue que deseaba tenerla delante, sin pantallas que nos separasen.

Era perfecta. La mujer con la que siempre había fantaseado.

¿Necesitaba mi armario una renovación? No estoy tan seguro. Siendo sincero, eso me daba exactamente igual. Lo que ansiaba era verla paseando por las habitaciones de mi ático, observando cómo le quedaba aquel hogar.

Soy un tipo de gustos excéntricos, no puedo negar eso. Fuera del edificio Golden Percival, y también con los que entran en él por primera vez, soy solo un millonario más, solitario y concentrado en hacer que su fortuna crezca. Pero dentro de estas paredes suceden cosas. Y desde que vi a Cassidy en aquel programa de televisión fantaseaba con la idea de que ella sea partícipe de mi existencia.

Tenía que conocerla como fuese.

Y aquí está, por fin.

Mi despacho, por suerte, era de lo más normal. Era funcional. No parecía parte de una mansión victoriana. Los ventanales me ofrecían una vista 360° de la ciudad. En el centro de la habitación, una enorme mesa despejada, una silla de cuero y un Mac que utilizaba únicamente para controlar mis inversiones. Todas las mañanas me sentaba delante de él, de siete a diez. Después podía decirse que mi jornada había concluido. A partir de entonces ya estaba libre para dar rienda suelta a mi imaginación.

Supongo que a Cassidy, lista y observadora, no le pasó por alto que solo había un asiento.

—Menudo contraste —dijo—. Con el resto de la casa. Un estilo totalmente distinto.

—Mi despacho y mi dormitorio son muy parecidos. No hay nada dentro. Solo los muebles necesarios. Prefiero el espacio diáfano a los muebles. Mesa y silla aquí. Cama allí. Paredes despejadas. Vistas a la ciudad. Mi despacho es blanco, mi dormitorio es negro....y el resto de la casa, ese barroquismo que has podido apreciar, supongo que es la herencia de los Percival. Cosa de familia. Mi madre era...es... una enamorada de los muebles victorianos. Y por alguna razón esa huella sigue por aquí...

—Ella...¿no vive aquí?

Me reí. La sola idea de tener a mi madre rondando por mis estancias privadas me provocaba escalofríos.

—Sí y no. Desde hace un año vive sobre todo en Inglaterra, con su hermana. Se marchó con ella cuando murió mi padre. Aunque viene a menudo. Tengo tres hermanos más. El pequeño,

Blake, vive en Shanghái. Y Julian siguió su propio camino. Es biólogo y está destinado en una base científica en la Antártica. Supongo que me quedé al mando del edificio Percival...e hice de esta pequeña cúpula mi hogar. Al menos provisionalmente. No estoy seguro de que sea el sitio adecuado para mí...

Cerré la boca. Estaba hablando demasiado. Pero es que Cassidy me inspiraba confianza. No era alguien muy dado a abrirse a desconocidos, por mucho que estuviese delante de la mujer de mis sueños.

—Yo no la llamaría pequeña —dijo ella—. La cúpula.

—No. Tienes razón. Pero supongo que estar solo aquí...

La miré fijamente. Cassidy era lista y escogía con cuidado sus palabras, destinadas a extraer la máxima información con el mínimo esfuerzo. Pero tampoco estaba preparado para contarle ciertas cosas sobre mí.

—En realidad no estoy solo aquí.

—Oh, entiendo.

—No, no es eso. La señora Bellevue, Sheila...se ocupa de que esta casa no se venga abajo. Aunque no duerme aquí. Lástima que ahora mismo no esté. Me gustaría que la conocieras, de hecho, ya que tratarás más con ella en próximos encuentros. Yo solo voy a darte unas pautas muy breves sobre lo que necesito.

Estudí su rostro. Aquello no era cierto, claro. Por supuesto que Cassidy Parker y yo nos volveríamos a ver. Muy pronto, de hecho. Solo quería apreciar sus gestos, leerlos. Averiguar si mis palabras le provocaban algún tipo de tristeza. Era presuntuoso por mi parte, tal vez, pero el hecho de que esbozara una correcta y profesional sonrisa en ese momento hizo que por primera vez en mucho tiempo —años— dudase de mi atractivo.

¿Era posible que aquella mujer, alta y elegante, perfecta para quedarse en mis dominios, fuese totalmente inmune a mis palabras?

—Entiendo —dijo—. Realmente dudo que necesito volver, señor Percival... Si me dice exactamente lo que necesita, me pondré a ello y podemos resolver todo el asunto de su vestimenta en solo unos días.

—Por favor, llámame Samuel.

—Está bien. Samuel.

Hurgó en su bolso. Sacó de él un cuaderno Moleskine negro y un bolígrafo. Parecía dispuesta a tomar notas. La observé como si fuese un ave rapaz. Tal vez aquella chica no quería perder el tiempo. ¿Había sido demasiado brusco?

Ella era curiosa, lo notaba. Había deseado saber más en cuanto puso un pie en mi casa. Si vivía solo...o más concretamente, si existía una señora Percival. Solo esperaba haberle dejado claro que no, que ese hueco continuaba vacío, a pesar de lo que encerraba mi habitación amarilla. Algo que ella jamás vería.

Cassidy Parker podría llenar cualquier vacío. Y su sitio, —lo supe en cuanto se puso en pie, dispuesta a hacer su trabajo—, estaba allí, a mi lado. En aquella casa en medio de las nubes bajas de Manhattan.

CAPÍTULO 3

CASSIDY

Supongo que solo era una sensación. Había algo que no me cuadraba. Y no era Samuel, creo. Era el lugar en el que vivía. Aquel gigantesco apartamento en el que cualquiera se perdería, lleno de paredes cubiertas con telas y puertas bien cerradas.

Lo seguí hasta su vestidor, al cual se accedía a través de un pasillo desde su despacho. Me comentó que esas eran sus *habitaciones privadas*. No era necesario entrar en el dormitorio, y eso me fastidió un poco, pues no me había pasado por alto el hecho de que estaba decorado en negro. ¿A qué se refería? ¿Paredes pintadas de negro? ¿O era simplemente un tono oscuro?

Una de las cosas que más me fascinan de mi trabajo es poder acceder a las casas de hombres y mujeres poderosos. Y observar. Tomar nota de todo lo que les obsesiona, de cada uno de sus tesoros. Pero era como si el hogar de Percival tuviese dos caras, dos ambientes. El que él usaba y me estaba enseñando, neutro y elegante, y el que pertenecía a la herencia de su familia y ocultaba detrás de todas aquellas puertas cerradas.

En todo caso, me acompañó hasta su vestidor y abrió las puertas. Era grande y luminoso. No vi nada inesperado. Solo demasiados huecos.

—Vaya...está casi vacío. Háblame un poco de tu estilo y qué tipo de eventos son los que habitualmente.

Samuel fue al grano:

—Solo necesito cinco prendas exactamente iguales a las que ves aquí. Cinco de cada una de ellas. Misma talla, mismos colores.

¿Había oído bien?

Era un armario casi monocromático. Camisas blancas, azules y negras. Tom Ford. Tres trajes de Prada. Algunos polos Armani. Ropa deportiva Nike. Y estanterías vacías, muchas.

—En el fondo soy un minimalista —dijo, sonriendo.

Nos miramos. Era muy atractivo. Mucho. Eso era innegable. Aquel encargo, si era exactamente lo que pensaba, iba a ser demasiado fácil. Aquella sería la única vez que pisara el rascacielos de los Percival. ¿Comprar todo lo que había allí, multiplicado por cinco? Aquel hombre no necesitaba mis servicios, en realidad.

Me llevé el extremo del bolígrafo a los labios y lo mordisqueé.

—Samuel, no sé si te estoy entendiendo bien.

—Seguro que sí.

—¿Quieres que compre cinco prendas idénticas a las que hay aquí?

—Exacto. Cinco de cada una. Siempre visto igual. Solo necesito tener más de lo mismo. ¿Me explico? Renuevo todo cada tres o cuatro años.

—Ya, pero me temo que para eso no necesitas una *personal shopper* como yo. Tal vez alguien de tu equipo podría haber hecho un rápido inventario de todo y simplemente...

Me frenó en seco.

—No. Quiero que lo haga una profesional. Y sí, sé muy bien que esto está por debajo de tus competencias y tu capacidad. Pero es lo único que necesito, Cassidy. Más ropa exactamente igual a la que ya hay aquí. Nada más.

—Supongo que no tendrás un listado...

Samuel se rio. Su sonrisa lo humanizaba, borraba una parte de aquel misterio en el que yo ya me quería sumergir.

—No, lo siento...¿Hay gente que tiene un listado con toda su ropa? ¿Por escrito?

Me encogí de hombros.

—Me he encontrado de todo.

—¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a esto?

—Unos tres años...pero “esto” no es exactamente lo que hago habitualmente. Por lo general mis clientes son personas que no tienen tiempo de estar al día de las últimas tendencias y quieren darle un aire nuevo a su vestimenta. Nunca me había encontrado con alguien que simplemente quiere más... camisetas blancas.

Samuel se apoyó en el marco de la puerta. Creo que mi voz sonaba algo desafiante, pero aquella visita empezaba a no tener mucho sentido.

—Supongo que siempre hay una primera vez, *Cassie*. Voy a dejarte trabajar, hacer esa lista... Yo he de salir ahora. Tengo una reunión importante.

¿Cassie? Aquel hombre no dejaba de sorprenderme. No lo corregí. Mi familia y mis amigos más cercanos me llamaban Cassie. ¿Y me dejaba allí sola? ¿Hurgando en sus cosas? Nadie en su sano juicio dejaría a un desconocido solo en casa, revolviendo entre sus pertenencias.

—¿Quieres decir que...me quedo sola en tu casa?

Negó con la cabeza.

—*Villa* Percival nunca está vacía de todo. Yo paso mucho tiempo aquí, pero Sheila debe estar a punto de llegar. Y el tipo que se ocupa de que no muera de hambre.

—¿Un *chef*?

—Exacto, mi cocinero está por aquí. Ha llegado hace un rato. Y por cierto, le he pedido que te prepare un almuerzo rápido. Un aperitivo. Te traerán algo en unos minutos.

Contemplé el armario. Bien. Aquello iba a ser fácil. Contaría las camisas y los polos y me largaría de allí. Y aquellos serían los ocho mil dólares más fáciles de la historia.

Observé cómo Samuel se humedecía los labios. Aquel no podía ser un gesto discreto. No en su caso. Por mi mente cruzó como un relámpago la idea loca de besarlo. Me atraía demasiado ese hombre.

Él, como si me leyese la mente, dio un paso atrás, interponiendo algo de distancia entre nuestros cuerpos temblorosos.

Me recompuse.

—Muchas gracias, Samuel. Creo que lo tengo todo claro.

Miró su reloj.

—Le pedí a Sheila que estuviese aquí hace exactamente veinte minutos. Debe haberle surgido algo. Pero llegará enseguida. Si necesitas algo, pídeselo a ella. Debo irme.

Asentí.

—Todo claro, Samuel.

Supongo que el hecho de que se marchase y me dejara sola en su vestidor era lo mejor que podía pasar. Lo ideal para terminar mi trabajo, irme a casa y hacer aquel ingente pedido *online*. Facturaría todas aquellas piezas de ropa más un veinte por ciento extra por mis servicios.

Era dinero fácil. Demasiado. Me pregunté una vez más por qué Sarah me había pasado a aquel cliente. Por muy ocupada que estuviese, todo aquello podría estar solucionado en media mañana.

Samuel se despidió. Observé cómo se marchaba, de regreso a su despacho. Allí, me dijo, se había dejado su teléfono móvil, que era básicamente su herramienta de trabajo. No había dado su número personal por si surgía algo, así que supuse que era uno de esos clientes que no quieren, bajo ningún concepto, que te comuniqués directamente con ellos.

Entonces se detuvo en mitad del pasillo.

Se giró y regresó un momento más a mi lado, solo para darme una última indicación:

—Solo una cosa más, Cassie. La puerta amarilla que hay en el salón... no quiero que la abras. Nadie debe entrar allí sin mi autorización.

CAPÍTULO 4

CASSIDY

Nunca debió haberme dicho eso. De repente aquellas pilas de camisetas blancas y negras, perfectamente planchadas y colocadas, carecían de total interés. Escuché el ruido de la puerta principal al cerrarse. Me había quedado sola... al menos en ese ala de aquella mansión suspendida entre las nubes, en el ático del rascacielos Golden Percival.

Dejé el cuaderno del que jamás me separaba sobre una de las estanterías. Nada me apetecía más que curiosear un poco por el hogar de Samuel.

Solo di cinco pasos hasta que me asaltó una idea inquietante: pensé que aquello podía ser una especie de trampa. *Nada le impide tener cámaras en su propia casa, en esa en la que vive solo con escaso personal de servicio, pensé. Es una pésima idea fisgonear...*

Agucé el oído en dirección a la cocina. Supuestamente alguien vendría a traerme un tentempié. La sensación de extrañeza no me abandonaba. *Tal vez lo mejor sería hacer tu trabajo lo antes posible y largarte de aquí.*

Eso era lo más inteligente.

Pero Samuel ya se había convertido en una figura gigante y enigmática que me obsesionaría durante los próximos días.

Abandoné el vestidor y me dirigí hacia el salón. Jamás había pisado una habitación más grande y majestuosa que aquella; y no eran pocos los áticos de Nueva York que había visitado en los últimos tres años. Era como estar en una de las principales salas de un gran museo. De hecho había arte clásico, probablemente de incalculable valor, en aquellas paredes.

Era curioso que Samuel Percival ocultara sus secretos detrás de la única puerta de la casa que destacaba. Nunca había pisado un lugar así. Era como si dos hogares de estilos completamente distintos se hubiesen entremezclado, dejando notas discordantes. Y esa puerta era una de ellas.

Eché un último vistazo al salón. Nadie a la vista.

La puerta amarilla dejaba pasar un ínfimo halo de luz a través del agujero de su cerradura que era demasiado grande. No tenía un pomo, por tanto solo se podía entrar con llave. ¿Por qué Samuel recalcaría que no quería que la abriese si yo, de todas formas, no podría hacerlo de ninguna manera?

Está muy claro, pensé acto seguido. La llave ha de estar por aquí, en algún sitio. No se la ha llevado. Es más, no debe ser muy complicado encontrarla. Con toda seguridad es una llave grande.

Pero no iba a entrar. No iba a cruzar ese límite, y más cuando él así lo había indicado expresamente.

Aún así, me agaché y miré a través de la cerradura.

Lo que vi me impactó.

En aquella habitación había alguien.

Era una mujer, sentada en una cama, erguida y de espaldas a la puerta. La visión fue muy rápida y apenas tuve tiempo de asimilarla. Era morena, llevaba el pelo recogido y vestía una camiseta blanca de tirantes. Su cuerpo se mecía lentamente, en un movimiento cíclico y repetitivo. Estaba en silencio. Con la posición en la que estaba, no podía saber su edad.

Me retiré a toda velocidad de la puerta, sobresaltada por la imagen. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Aquella mujer estaba allí encerrada? Me aparté de la cerradura como si quemara, aunque sentía la seria tentación de mirar de nuevo para asegurarme de que no eran imaginaciones mías.

Di unos pasos atrás. Entonces escuché de nuevo la puerta que comunicaba con el exterior. Oí una voz de mujer anunciando su llegada. Alguien acababa de entrar en la casa de Samuel. Caminé a toda prisa de nuevo hacia el vestidor, perdiéndome por el pasillo.

Traté de no hacer ningún ruido, evitando que mis tacones apenas tocasen las delicadas alfombras.

Durante los siguientes veinte minutos, sin dejar de preguntarme quién era aquella mujer a la que no se podía acceder, —¿podría ella salir de allí?— elaboré la lista de las prendas que tenía que comprar para Samuel. No pude evitar revisar los armarios a fondo, buscando alguna pista, algo que él se hubiera dejado atrás.

No vi nada extraño en el sitio que él me había confiado.

Entonces lo oí.

Al principio pensé que era un ruido, uno de esos ruidos que oyes cuando acabas de llegar a una casa nueva y sus paredes se manifiestan durante la noche. Solo que no era de noche. La luz entraba a raudales por los ventanales de la casa Percival.

No era exactamente un ruido.

Era un grito ahogado, contenido, como si alguien lo proferiese con la boca cerrada.

Alguien gritaba con los labios unidos.

Me levanté del suelo, donde me había acomodado para revisar los cajones inferiores de la cómoda.

Esta vez sí, guardé mi cuaderno en el bolso y cogí mi chaqueta. Mi trabajo estaba hecho. Quería salir de allí.

Fue entonces cuando una figura alta y espigada me cerró el paso. Era una mujer aferrada a una bandeja. Tendría unos cincuenta años y por un momento me pregunté si era la persona que permanecía oculta tras la puerta amarilla.

—Le traigo un aperitivo, Cassidy.

Me miró con sus ojos grises y serenos, rodeados de finas líneas de expresión. Tenía la melena recogida en un moño que parecía demasiado tirante.

Miré mi reloj, nerviosa.

—Oh, gracias pero ya me iba.

No pude evitar reparar unos segundos más de la cuenta en su imponente presencia.

—Soy Sheila Bellevue, el ama de llaves —dijo, como si hubiese esperado más de lo debido a que yo le preguntara su nombre.

Dejó la bandeja sobre una de las cómodas. En ella había agua, dos refrescos, una tetera y un sándwich.

—No tenía por qué molestarse, Sheila. En realidad ya me iba. Llego tarde a otra cita.

Bajé la vista, dispuesta a marcharme. Había algo en sus ojos que me inquietaba. ¿Aquella era la dama que se ocupaba de los asuntos domésticos de Samuel? En ese instante pensé que ella y

yo jamás podríamos movernos bajo el mismo techo. La señora Bellevue y yo nunca coexistiríamos en el mismo espacio.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó—. Parece...agitada.

—Sí, es solo que he de marcharme ya. Y tengo que seguir trabajando en este armario, ya desde casa. Hacer las cosas pertinentes que me ha encargado el señor Percival.

—Oh, entiendo...La acompañaré hasta la salida, entonces.

Lo oí de nuevo. El grito. Solo que esta vez no era contenido.

—¿Qué ha sido eso?

Caminé con decisión de nuevo hasta el salón y encaré la puerta amarilla.

—Viene de ahí —le dije.

—Supongo que Samuel ya le ha indicado que no es posible abrir esa puerta, ni mucho menos entrar en ella.

Me giré y di un paso hacia Sheila.

—Dígame una cosa: ¿no es usted el ama de llaves?

Negó con la cabeza, y después sonrió.

—Lo siento. No podemos abrir. Son órdenes.

—¿Quién hay ahí dentro?

—Creo que si ha terminado ya su trabajo será mejor que se marche.

—Me parece que hay alguien en apuros...

El ama de llaves apoyó entonces sus manos sobre mis hombros y me habló de forma condescendiente:

—Todo está bien aquí, Cassidy. Créame. Puede marcharse tranquila.

CAPÍTULO 5

SAMUEL

Fui consciente de que todas las miradas se clavaban en mí en cuanto pisé el vestíbulo del hotel Governor. Era el último en llegar a la fiesta anual de arquitectos y si todo iba bien, sería el primero en marcharme. *Acompañado, espero*, pensé.

El único motivo real por el que estaba allí era Cassidy. Yo no iba a fiestas. No tenía ninguna necesidad de ello, ni me gustaban especialmente.

Me habían asegurado que ella estaría en ese encuentro del Governor, acompañada de Sarah, su socia.

Al parecer, de vez en cuando se dejaban caer por eventos de aquel tipo para hacer *networking* y buscar nuevos clientes. Durante los últimos días me había preocupado de hacer mis deberes con respecto a ella. Averiguar todo lo que podía. Así que me animé a abandonar mi ático y aventurarme en la noche de Manhattan para conseguir de una vez lo que no había resultado hacía solo unos días: conquistar a Cassie.

Sheila me había puesto al tanto de lo que había sucedido en casa, de la manera exacta en que Cassidy había abandonado mi hogar. Alarmada y a toda prisa.

No había dejado de cumplir con su cometido, esa era la verdad. Esa misma mañana una empresa de transportes había traído tres cajas que contenían todo lo que le había pedido. La renovación de mi armario estaba casi lista. Solo faltaba que Cassidy regresara para disponer todo, bien ordenado, tal y como a mí me gustaba.

Le pedí a Sheila que contactase con ella. Y lo que recibió por respuesta no terminó de sorprenderme: si yo estaba conforme, enviaría a alguien de su equipo a colocar todas las prendas y a reorganizar el vestidor.

Cassidy no quería volver a casa.

Era un hecho. Y yo estaba dispuesto a subsanarlo, a solventar aquel malentendido.

Llegué solo a la fiesta.

Saludé sin demasiados aspavientos a algunos conocidos: por allí estaban Noah Pruitt y el pequeño de los hermanos Davies.

Me abrí paso en dirección a la barra. Desde allí podría avistar a todos los invitados y de paso calmar la sed repentina que me invadía.

Había sido un día muy largo.

En cuanto llegué a casa el día anterior me arrepentí de haberme marchado y dejado sola a Cassidy en mi vestidor. Debería haber anulado mi reunión y haberla acompañado durante todo el rato. Por mucho que aquello solo fuera un “primer contacto”.

Sheila no era más que una extensión de mi madre, su mano derecha y sus ojos en mi casa cuando mamá estaba de viaje en Inglaterra.

Siempre he pensado que los ricos cometemos un error recurrente que se repite generación tras generación: favorecer las cosas para que nuestros amigos íntimos trabajen para nosotros. Tener a nuestras personas más cercanas “en nómina”. Rodearnos de “gente de confianza”. Eso es lo que sucedió con mi madre y con Sheila Bellevue, una de sus grandes amigas. Había pasado de tomar el té con ella e ir de compras a contratarla para que le hiciese compañía. *Y ahora me es imposible desprenderme de ella.*

Y tenía la firme convicción de que Sheila había espantado a Cassie.

Ya con una copa en la mano, tratando de apaciguar el ritmo de mis latidos, la vi. Recordé que en casa la había llamado *Cassie* sin su permiso explícito, pero ella, sorprendida, no me había corregido.

No quise perder ni un segundo. Avancé de nuevo entre la gente, ignorando a todos los que intentaban detenerme para presentarme a alguien.

—Cassie.

Se giró. No parecía sorprendida de verme, a pesar de sus palabras:

—Samuel, qué sorpresa.

Aún así, sus pupilas se dilataron. Es muy fácil apreciar ese gesto delator en los que tienen los ojos claros.

—¿Tienes un minuto? ¿Puedo invitarte a una copa? —le pregunté. Levantó la que tenía en la mano, indicándome en silencio que aún estaba medio llena.

—He recibido toda la ropa hoy —le dije—. Muchas gracias.

—Genial. ¿Está todo correcto?

—Estoy convencido de que sí, pero no la he revisado. La verdad es que esperaba de nuevo tu visita.

—Samuel, he tenido una agenda complicada los últimos días. Por eso te propusimos que alguien de nuestro equipo completase el pedido.

Me atreví a acercar mi mano a su brazo. Su piel tersa y caliente me provocó un escalofrío.

No había dejado de pensar en ella en los últimos días. Ninguna mujer había huido jamás de mí.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo? —insistí—. Solo serán unos minutos. Noté que Cassie bregaba con una especie de conflicto interno. Su lenguaje corporal me era favorable. Pero sus dudas eran evidentes. Y no podía echárselo en cara.

—Está bien —dijo.

Me siguió hasta una de las terrazas del hotel, desde donde se apreciaban unas bonitas vistas sobre el Bajo Manhattan. Las contemplamos en silencio durante unos instantes.

—Siento haberme marchado de casa el otro día. Me encantaría haberme quedado, y ayudarte...

Levantó una ceja, sorprendida.

—¿Cómo? No, no. Samuel. Ese es mi trabajo.

—¿Qué pasó con Sheila? ¿Te dijo algo fuera de lugar?

—No me dejó entrar, eso es todo. No abrió la puerta.

Tomé aire. Era muy directa.

—¿La puerta amarilla?

—Exacto. Oí un grito que provenía de allí dentro.

—Cassidy...es demasiado...complicado. Sheila hizo lo que debía. Confía en mí. Todo está bien.

Le sonreí. Mi sonrisa no solía fallarme. Pero ella no estaba del todo convencida.

—No se trata de eso, Samuel. Mira, entiendo que no es asunto mío. Es tu casa y tu intimidad. Pero yo no me sentí bien, eso es todo. Y tenía que irme, tenía otro compromiso... Mira...No le demos más vueltas.

Cassidy apuró su copa y la dejó sobre la barandilla de piedra. Parecía dispuesta a regresar a la fiesta.

Le cerré el paso y la rodeé con los brazos. La miré a los ojos y hablé:

—Si quieres que desaparezca de tu vida lo haré de inmediato, Cassie. Nunca volverás a saber nada de mí. Pero tampoco sabrás quién está detrás de esa puerta. Soy muy bueno volviéndome invisible. Es, de hecho, lo que mejor se me da.

Se detuvo. Miró al suelo. Yo levanté su barbilla con mi dedo índice para que nuestros ojos se reencontraran. Cassie suspiró. Las palabras le pesaban antes de soltarlas.

—Samuel, yo...creo que es mejor que mantengamos las cosas en un plano profesional.

—No es eso lo que me dicen tus ojos.

Esperé uno, dos segundos a que ella me contradijera.

Y como no lo hizo, la besé.

Los labios de Cassidy me recibieron exactamente como esperaba, rebelándose contra sus palabras y contra aquella actitud dubitativa.

No confiaba del todo en mí. Lo sabía muy bien, y haría todo lo que estuviese en mi mano para que aquellas dudas desaparecieran. Con cada milímetro que avanzaba entre sus labios más se afianzaba en mí la certeza de que aquella era la mujer que llevaba tiempo esperando.

Su incertidumbre era razonable.

Renée, encerrada en mi casa, prisionera de los Percival, nos había desobedecido. Aquella cría díscola no había podido seguir unas instrucciones tan básicas: *mantén la boca cerrada y quédate allí dentro, quietecita. Especialmente cuando vienen visitas*. Y por su culpa ahora Cassidy se resistía a mis avances.

Se separó un segundo para verificar que aquello era verdad. Estaba sucediendo. Ella y yo. Samuel y Cassie; no muy lejos del rebaño de ojos que nos contemplaba a cierta distancia, a través de la vidriera que nos separaba con el resto de la fiesta.

Sonreí, buscando de nuevo su punto débil. Aparté mis caderas de las suyas. Mi evidente erección estaba a punto de meterme en problemas. Iba a necesitar observar la ciudad de noche durante un buen rato, de espaldas a la fiesta, hasta lograr que todo volviese a la calma ahí abajo.

—Te espero mañana, Cassie. En casa. A las siete de la tarde. Ordenaremos ese maldito vestidor y luego, si me lo permites y si te apetece, cenaremos juntos. Espero poder contarte más cosas sobre mí. Sobre nuestra familia. Responder cualquier pregunta que tengas.

El beso había cambiado algo en ella. Lo decía el súbito rubor de sus mejillas.

Asintió, rendida.

—Está bien. Terminaré lo que he empezado, Samuel.

No podía saber si se refería al vestidor.

La atraje y le di un beso de nuevo. Fugaz, en los labios, antes de que me dejase allí solo en la terraza. Cassidy era perfecta y no podía desprenderme de una imagen: ella, en aquella casa. Siendo mi nueva prisionera o todo lo contrario: ella misma gobernando el maldito ático con una mano férrea superior a la de Sheila.

Ella tenía el poder de decidir. Lo que tuve claro, antes de encarar de nuevo la noche de Manhattan y esperar pacientemente a que mis sentidos volvieran a su templanza habitual, era que Cassie decidiría. Ella, en el fondo, tenía la llave de esa puerta.

CAPÍTULO 6

CASSIDY

Sarah llevaba más de dos minutos removiéndolo su café, sin poder apartar la vista de mí, asimilando mis palabras.

—Tendría que haber ido yo a la casa de Percival —me dijo—. Creo que esto te ha superado.

—Me temo que ya es tarde para lamentaciones. Dime, Sarah, ¿qué viste exactamente?

—Lo mismo que vio todo el mundo. O al menos los que estábamos cerca de la terraza del Governor. A Percival conquistándote. Besándote. Y a ti, totalmente receptiva.

Suspiré. Era incapaz de negar nada, y mucho menos de justificarme. En el fondo me daban igual las opiniones ajenas.

Había quedado para almorzar con mi socia, como hacíamos casi todos los viernes. Generalmente ese era el punto final a nuestra semana, a no ser que hubiese algún encargo urgentísimo.

Ni Sarah ni yo solíamos trabajar el fin de semana, ni los viernes por la tarde. Ese día, supongo, iba a hacer una excepción con Samuel Percival. Pero eso no era ningún esfuerzo. Al contrario, estaba deseando verlo.

Hacía un rato que había confirmado nuestra cita: a las siete en punto en su casa. Me envió un mensaje a mi móvil desde un número desconocido para confirmarme que lo de la noche anterior, en la terraza del Governor, no había sido ningún espejismo: quería que le ayudase con las nuevas prendas del vestidor. Y quería cenar y charlar.

No había podido resistirme. Le había contado todo a Sarah. Todo es todo. Que llevaba días pensando en él, que casi me desmayo entre sus brazos cuando confirmé lo que yo sospechaba, que había despertado en él cierto deseo. Le conté mis percepciones sobre la siniestra figura que gobernaba su casa, Sheila, y también lo que había oído detrás de la puerta amarilla.

Pero eso fue lo que menos chocaba a Sarah.

—A veces me sorprende que lleves tantos años viviendo en esta ciudad devastadora, Cassie.

—¿Por qué lo dices?

—Hace tres años que trabajamos con tipos millonarios. Mucho más que Percival, incluso, que no es poco. Y te siguen sorprendiendo sus excentricidades. Me hace gracia.

—Pero, ¿a quién crees que esconde en su casa? ¿Y por qué no la deja salir de esa habitación?

Sarah tomó aire. Tal vez dar vueltas al mismo asunto durante más de una hora ya le estaba agotando.

—Cassie, cariño. Podemos especular durante horas y nunca sabremos la verdad a ciencia cierta hasta que no le preguntes. Y eso contando con que te diga la verdad. Yo ya te he dicho todo lo que sé sobre Samuel. Es un buen amigo de Noah Pruitt. O al menos lo eran hasta no hace mucho. Y Noah me ha contado algunas cosas sobre él que no acaban de... encajarme. Yo no lo conozco personalmente. Créeme, a estas alturas tú lo conoces mucho más que yo...

—Pero, ¿qué es lo que no termina de encajarte?

Sarah se echó hacia atrás en la silla y dio por fin un sorbo de su café solo. Era la única persona que conocía que tomaba café únicamente a media tarde, jamás por la mañana.

—Más que él... Su familia. Los Percival. La madre, Cassandra Percival es una persona muy particular. No sabría decirte. Tiene ese talante inglés, y sin embargo siempre aparece bronceada en todas partes. No sé. Siempre parece que esté de vuelta de alguna isla tropical.

Solté una carcajada.

—Tú y tus observaciones. Su madre está en Inglaterra, según tengo entendido. Vive allí la mayor parte del tiempo. Y no entiendo por qué tiene que ser un obstáculo.

Sarah dejó la taza sobre la mesa.

—Cassie, prefiero ahorrarte los cotilleos que circulan sobre esa familia. No te benefician en nada, porque creo que, por algún motivo que no alcanzo a comprender, Percival te gusta. Mucho. Nunca habías mostrado interés por ninguno de nuestros clientes. Al menos a ese nivel.

Me quedé callada.

—Es que necesito saber...

—Entonces es mejor que él te cuente. Sinceramente, no doy crédito a nada de lo que se dice sobre Samuel Percival. Pero nunca habría dejado que fueses a su casa sola, en lo alto de ese rascacielos, si lo que se cuenta sobre él es verdad.

—Dime, Sarah, ¿qué se dice? ¿No crees que necesito estar alerta?

Sarah se acercó a mí como si temiese que alguien pudiera oírnos.

—Que a Samuel Percival le gustan las cuerdas. No en un sentido literal. Que las únicas mujeres a las que ha tenido son las que aceptaron ser encerradas en su mansión. En la cúpula de ese rascacielos.

Me eché hacia atrás de la impresión. Estaba en *shock*.

—Y tú no crees que eso sea cierto.

Sarah negó con la cabeza.

—No.

—Pero yo la oí. Oí un grito. Y vi a una mujer a través de esa cerradura. No pude verle la cara, pero era alguien allí dentro, en una habitación cuya puerta no tiene pomo. Solo se abre con una llave que yo no podía conseguir. Y lo peor de todo es que si esa chica estaba allí encerrada, algo me dice que no quería ser libre a pesar de sus gritos.

Mi socia extendió su mano sobre la mesa, buscando la mía.

—Te creo, Cassie. Y entiendo perfectamente que tengas tus dudas con respecto a volver a esa casa. Yo solo sé lo que me contó Pruitt sobre Samuel. Y también lo que él piensa: que la realidad no tiene nada que ver con lo que cuentan de él. Me dijeron que el único elemento discordante de esa familia es Cassandra, la madre de Samuel. El resto de hermanos lo entendió bien y pusieron tierra de por medio. Uno dirige varias empresas en China. El otro es un científico destinado a la Antártica. No sé qué fue de su hermana pero apuesto a que también huyó en su día.

—¿Su hermana? Me parece que Samuel no mencionó a ninguna hermana.

Sarah suspiró. Echó mano de su bolso y su abrigo.

—Si quieres enviaré a Josh a casa de Percival para que coloque la ropa. No creo que tenga ningún problema en cubrirte...

Salté enseguida. Josh era el chico que nos ayudaba en la oficina. Había empezado hacía un año a trabajar con nosotros como becario y nos lo habíamos quedado... “como mascota”, decía a veces Sarah.

—No. No. Creo que me toca afrontar esto —salté enseguida.

—Como quieras. Pero quiero que estés localizable. Estaré pendiente del móvil. Cualquier cosa rara, no sé, Cassie... Si te sientes incómoda, si quieres que vaya a sacarte de allí, envíame algún mensaje. Cualquier cosa. Lo veré. Estaré alerta.

Sarah se marchó, tras darme un abrazo y despedirse hasta el lunes; y yo decidí que en lugar de tomar un taxi iría hasta casa dando un paseo.

Necesitaba pensar, entender lo que me estaba sucediendo.

¿Por qué una pequeña parte de mí entendía que existía algún tipo de peligro y aún así no me planteaba otra cosa que no fuese asistir a nuestra cita?

No sentía que el peligro viniese de Samuel, no. Me fiaba cien por cien de mi intuición. Nunca me había fallado. Era más bien ese ático, esa puerta amarilla, ese ama de llaves. Esos elementos eran los que me hacían estar en estado de alerta. Pero por alguna razón que no alcanzaba a comprender, nunca me había sentido más segura que entre los brazos de Samuel Percival en el momento en que nuestros labios se separaron, en aquella terraza del hotel Governor.

Apenas había podido dormir. Mi cuerpo temblaba cada vez que recordaba aquel beso.

Pero lo peor de todo era el deseo que me invadía, algo que jamás pronunciaría en voz alta. Me daría una vergüenza horrible reconocerlo.

Algo dentro de mí deseaba ser ella.

La mujer detrás de la puerta amarilla.

Deseaba ser su rehén.

CAPÍTULO 7

SAMUEL

No tuve un buen día y solo Cassidy podía arreglarlo. Su repentina irrupción en mi vida me había hecho replantearme muchas cosas. Ella era la llave, la oportunidad perfecta para romper con ciertos lazos familiares que seguían incomodándome.

Observé cómo Sheila se acicalaba delante del espejo. El ama de llaves no vivía en el ático, sino en uno de los apartamentos del piso inmediatamente inferior; y aún así su presencia era constante e intoxicante.

Era cuestión de días que se marchase con mi madre a Inglaterra, que se reuniese con ella en el *cottage* familiar de Kent, pero por algún motivo no terminaba de decirme cuándo se iba. Tampoco quería confirmarme si se llevaría con ella a Renée.

Me acerqué a Sheila.

—Cassidy vuelve esta tarde —anuncié, más bien como advertencia que como mero dato—. Va a ayudarme con todas esas cajas.

Se giró para encararme mientras arqueaba una ceja. Me pregunté si había aprendido ese gesto de mi madre. Parecía calcado.

—¿Solo se trata de colocar el nuevo vestuario?

Asentí.

—Es ella quien lo ha comprado —aclaré—. Así que supongo que lo mejor es que se ocupe ella.

—¿Es Cassidy la joven que vino el otro día, la que huyó a toda prisa?

—Sheila, si huyó fue probablemente porque tú la espantaste.

Dio unos pasos hacia el recibidor, en busca de su paraguas. Empezaba a llover en Manhattan. *Ojalá eso no detenga a Cassie*, pensé.

—Solo le traje el aperitivo que estaba listo en la cocina. Y no probó bocado. Le entró la prisa, de repente. Me pareció un poco descortés, si te soy sincera.

Me callé, fijando mi mirada en ella. Hacía años que había aprendido que contarle algo a Sheila, o darle más información de la pertinente, significaba que mi madre se enteraría de todos los detalles al cabo de una hora, tan pronto agarrase su teléfono.

Sheila se colocó su abrigo. Por fin se iba.

—Voy a tomar un café con una amiga, pero puedo cancelarlo si lo deseas. La verdad, Samuel, no entiendo por qué te preocupas de minucias como ese vestidor. Yo estoy aquí para ayudarte. Ese es mi cometido cuando tu madre no está en Nueva York, recuérdalo. Yo puedo colocar la ropa.

Negué con la cabeza.

—Es tu tarde libre, Sheila. Disfruta.

Abrió la puerta, pero antes de irse, se dirigió de nuevo a mí.

—Dime una cosa... Esa chica, Cassidy. ¿Te interesa? Es la impresión que me dio.

Eso era exactamente el tipo de información que no quería darle, así que hice lo que hago habitualmente en esos casos. Suele funcionar. Le contesté con otra pregunta:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Nunca te ha interesado tu vestidor. De ahí que las mismas prendas se repitan constantemente, Samuel. No te interesa la ropa.

—Sigue sin interesarme. Solo he de renovarla.

Sheila Bellevue se encogió de hombros. Lo siguiente que me dijo sonó a advertencia velada:

—Supongo que antes de dejarla sola le advertiste que no debía curiosear por la casa, ni mucho menos acercarse a la puerta amarilla.

Resoplé.

—Sheila, estoy cansado de ese tema. No me queda energía para discutir.

—La pillé merodeando por el salón. Quería entrar. Me mordí el labio.

—Normal. Esa es exactamente la manera en la que yo hubiese reaccionado —contesté.

El ama de llaves suspiró.

—Si Cassidy Parker te interesa de verdad, deberé ponerlo en conocimiento de Cassandra, Samuel. Tu madre debe estar al corriente de quién entra y sale de esta casa.

Murmuré entre dientes, pero evité que mi voz saliera de mi cuerpo. Asentí y dejé que se marchara. No respiré tranquilo hasta que Sheila cerró la puerta. El día en que yo mismo abandonaría aquel maldito edificio estaba cada vez más cerca. Así lo sentía. Y esperaba hacerlo de la mano de Cassie.

El hecho de que hubiese citado a mi *personal shopper* un viernes por la tarde no era algo inocente. Era el día en que, si todo iba bien, Sheila no regresaría a casa a última hora de la tarde.

Era una mujer recta y rutinaria hasta la exageración. Eso me permitía adivinar sus movimientos con bastante fiabilidad. Seguro que al acabar su cita con Adele Homes, su “gran amiga” en los momentos en que no estaba aquí mi madre, se iría directamente a su apartamento.

Sheila Bellevue llevaba muchos años en nuestra familia, concretamente desde que murió mi padre, cuando mis hermanos y yo nos veíamos superados por la adolescencia. Siempre había sido una figura confusa para mí. Era, en teoría, la “mejor amiga” de mi madre, pero lo cierto era que nadie conocía con exactitud la naturaleza de su relación. Con el paso de los años, y a medida que mis hermanos y yo fuimos creciendo, los viajes de mi madre a su Inglaterra natal fueron aumentando y prolongándose en el tiempo. Sheila rara vez la acompañaba. Las instrucciones de mi madre al respecto eran claras: *trabajaría* para nosotros y estaría a nuestra disposición, para todo aquello que necesitásemos. Ella *llevaría* la casa en su ausencia.

No me extraña que mis hermanos pusieran tierra de por medio.

Y a mí no me quedaba demasiado tiempo.

Mi nuevo ático, justo al otro lado de Central Park, estaba casi listo. El rascacielos Percival volvería a las manos de mi madre, donde siempre había debido estar. Mi presencia allí ya no tenía sentido.

Solo quedaba una cosa.

Resolver el asunto de la rehén, como yo mismo la llamaba.

La prisionera.

Sin darme cuenta había regresado al salón y me había detenido junto a uno de los ventanales. Desde allí podía apreciar la silueta *art-déco* del 55 Central Park West, mi futura casa.

Las vistas desde mi nuevo apartamento no iban a ser tan fascinantes, al menos no de cara al

exterior, porque esperaba que dentro de él Cassidy adornase el nuevo hogar con cada uno de sus pasos.

CAPÍTULO 8

SAMUEL

El interfono sonó. Por fin. Me acerqué a él y pulsé el botón que comunicaba con el vestíbulo. La lluvia nos daba una tregua en ese momento. Era el portero del edificio:

—La señorita Cassidy Parker está aquí —anunció.

—Hágala pasar.

Los minutos que tardé en ver de nuevo su sinuosa figura se me hicieron eternos. Y por si fuera poco, estaríamos completamente solos.

Aguardé detrás de la puerta como un perro sediento, contando cada segundo de los cuatro minutos que se tardaban aproximadamente en llegar desde la planta baja hasta la planta noble en la que me encontraba.

Abrí la puerta en cuanto oí el ascensor. Cassie me miraba mientras se acercaba.

En cuanto estuvo a mi alcance, la devolví al lugar que le pertenecía: mis brazos. La estreché con fuerza.

—Pensé que no vendrías —le dije.

Nuestros labios se enredaron. Noté como su coraza empezaba a deshacerse.

—¿Por qué? ¿Por la lluvia?

—Por tus dudas.

—Estoy aquí, ¿no? —concluyó Cassie.

Entramos, dando pequeños traspiés, en dirección al salón, sin poder apartar las manos el uno del otro.

—He venido a terminar mi trabajo, señor Percival.

Pero su respiración agitada nos llevaba por el mal camino.

—Ya. Ya lo estoy viendo.

Cassie se rio.

—¡Lo digo totalmente en serio!

Por un instante su cuerpo se tensó. Se separó de mí unos dolorosos centímetros y miró a su alrededor. En ese momento, un relámpago iluminó el salón.

—Tranquila, estamos solos.

Observé cómo su mirada recaía sobre la puerta amarilla. La cogí de la mano. Quería apartarla de aquello.

—Ven, vamos al vestidor.

El pasillo que nos separaba de la habitación donde guardaba la ropa era casi borroso, pero todo se enfocó de nuevo en cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros.

Cassie se lanzó a mis brazos. Estaba desatada y no había nada que me gustase más. Era una mujer valiente, decidida a seguir su impulso y satisfacer su deseo, aunque no tuviese toda la

información respecto a mí. Información que yo le revelaría, por supuesto, pero no era el momento.

Todo a su debido tiempo.

Cassie estrechó su cuerpo contra el mío, tocándolo, apretándolo libremente, mientras nuestras bocas se topaban una y otra vez.

Nuestro primer beso, rodeado de miradas ajenas y curiosas, en la terraza del Governor, había sido dulce, profundo. Sentía que no era el mismo desde ese beso. Pasados los días lo atesoraba ya como un recuerdo perfecto que guardaré para siempre. No lo olvidaré ni cuando sea viejo y decrepito.

Pero lo que estaba ya sucediendo en aquel vestidor no era dulce. En absoluto. La dulzura había retrocedido, se había quedado allí fuera, bajo los relámpagos. Había sido reemplazada por una lujuriosa necesidad. Por desesperación.

Cassie se estaba deshaciendo de mi ropa.

Mientras nos besábamos, me desabrochó la camisa hasta que logré tirar de ella y quitármela por encima de la cabeza.

La tienda de campaña entre mis piernas era más que evidente, y aquellos pantalones holgados no me ayudaban a disimularla. Cassie desabrochó el botón y deslizó la cremallera. Dejó que el pantalón cayese al suelo. Dos segundos después estaba de rodillas ante mí, una visión perfecta. Ni en mis mejores sueños. Tomó con suavidad mi polla y la acercó a sus labios carnosos. No estaba preparado. No. No lo estaba. Ni para sus sinuosos movimientos ni para la oleada de placer que me sobrevino cuando palmeó su lengua con ella. Deslicé una mano por debajo de su melena y agarré un puñado de rizos. Observé su reacción. Cerró los ojos y lamió con más ímpetu.

—¡Joder, Cassie!

Aquello era inesperado, sucio, perfecto. La mujer que me obsesionaba desde hacía tiempo, la que observaba desde la distancia en las fiestas de ricos de Manhattan, me estaba haciendo la mejor mamada de mi vida.

Una de sus manos se deslizó hacia la base de mi pene con cuidado. Lo rodeó y empezó a presionar, masajeando de manera rítmica. Su boca pequeña, húmeda y cálida, unida al movimiento acompasado de su mano amenazaban con llevarme al abismo.

—Me voy a correr —dije con voz áspera, estirando un poco de su pelo.

Cassie no se movió. Al contrario. Insistió en absorber cada vez más rápido. *Oh dios mío, pensé, quiere que termine en su boca.*

El placer que me golpeó era casi eléctrico, tenía poco que envidiarle a los rayos que caían ya sobre Nueva York y que habían dejado todo el ático sumido en la penumbra. Siguiendo a un profundo gemido que sacudió los cimientos de mi ser, inundé su boca con mi semilla. Cassie tragó con avidez, sedienta de mí.

No perdí ni un segundo. La ayudé a ponerse en pie y la besé con intensidad, saboreando mis propios restos entre sus labios. La acaricié, buscando sus centros de placer y la forma en que se retorció bajo mis manos provocó que me endureciese de nuevo. Así de rápido. Cassie se dio cuenta.

—Eres insaciable. Me gusta —dijo, casi ronroneando.

Si ella supiera. Si ella supiera que no la voy a dejar escapar después de esta noche.

La liberé de su vestido y también del sexy *body* de color *champagne* que ocultaba debajo.

—Qué pena no tener tiempo de admirar todo esto con detalle —dije.

Tenía prisa. Quería contemplar su cuerpo curvilíneo desnudo y adorarlo como se merecía. Su cintura estrecha, caderas redondas y muslos carnosos me hipnotizaban, y sus pechos redondos y

alegres, con sus pezones duros de color rosa oscuro parecían suplicarme que los probase ya. Mi deseo era doloroso.

La guíé del vestidor hasta mi cama y la acosté boca arriba, complaciéndome con la seda de su piel contra mis dedos mientras yo ya acariciaba, apretaba y tocaba. Se retorció un poco y prácticamente pude oler su necesidad mientras perfumaba el aire con su presencia.

Bajé mi boca hacia sus pechos y me deleité con sus dulces pezones, disfrutando de sus gemidos mientras yo lamía con avidez y la provocaba.

—Antes me has encendido, Cassie. Ahora es tu turno.

La desnudé por completo. Me molestaba cualquier tela entre nosotros.

Dejé un rastro de besos húmedos por todo su vientre, sin dejar ni un centímetro por saborear desde su ombligo hasta su intimidad. Abrí con suavidad sus muslos turgentes y los recubrí de besos igualmente, mientras me deleitaba con su respiración entrecortada.

Cassie se aceleró en cuanto pasé mi lengua por la línea en la que su muslo se unía al resto de su cuerpo, muy cerca de mi objetivo final. Sonreí.

Creo firmemente que el tormento es parte del placer, y ese placer es tanto para mí como para ella. Inhalé su esencia más íntima, su aroma perfecto, mientras me desplazaba hasta su otro muslo, apenas rozando su centro con mi aliento. Ella gimió de nuevo.

Su sexo era suave y casi desnudo, excepto por un pequeño triángulo de pelo, perfectamente recortado en la parte superior. Parecía una flecha que me señalaba el camino correcto. Sus labios estaban hinchados, y esa visión hizo que mi boca se inundase de saliva. *Basta ya, Samuel*, pensé. *Devórala de inmediato.*

La cubrí con mi boca, deslizando mi lengua lenta y profundamente a través de su hendidura, que estaba ya del todo empapada.

Cassie gritó ante ese contacto íntimo.

Me recreé en su dulce néctar. Lo saboreé una y otra vez. Lo sentía casi azucarado. Sujeté con firmeza sus muslos, hundiéndome aún más en ella, como si mi vida dependiera de ello. Tan concentrado estaba en el mejor de los postres que tardé unos segundos en escuchar sus gemidos. Sus piernas se cerraron sobre mi cabeza, y sus caderas se desplazaban en dirección a mi boca, aún más. Me agarró del pelo y estiró hacia ella.

—Oh, joder, Samuel. Me corro —jadeó.

La taladré con mi lengua, ya dentro de ella, una y otra vez, mientras Cassie prácticamente montaba mi boca al mismo tiempo que alcanzaba su merecido orgasmo. Levanté enseguida la cabeza. Quería admirarla. Me deslicé sobre su cuerpo hasta que estuvimos de nuevo cara a cara.

—Ha sido perfecto y aún así no es suficiente —le dije—. Necesito estar dentro de ti.

Cassie tomó buena nota de mi deseo, casi una súplica. Se colocó encima de mí.

—No quiero ningún obstáculo entre nosotros, Samuel. ¿Te parece bien?

Me sorprendió, pero dije que sí, por supuesto. No podía apartar mis ojos de su silueta, estaba como hipnotizado. Un cuerpo hermoso, con pechos llenos y coronados por esos pezones puntiagudos que parecían reclamar mi atención otra vez. Vientre suave y muslos firmes. Era una auténtica diosa.

—No tienes que preocuparte por eso, cariño. No he estado con nadie en al menos un año. Yo también quiero sentirte —confesé.

Me alegró que ella hubiese sacado el tema. Tal vez no era lo más correcto, pero era lo que ambos deseábamos en ese instante. Y siempre he pensado que lo importante es hablar antes de proceder. Que los dos estemos en la misma página.

Cassie apoyó sus manos sobre mi pecho y empezó a descender sobre mi sexo, despacio.

Estaba recreándose y amoldándose a mi tamaño. Me mordí el labio para contener el fuerte gruñido que mi cuerpo dejaba escapar de forma espontánea. Tan apretada, tan cálida, tan húmeda. Ella dejó escapar pequeños y suaves jadeos con cada movimiento hacia abajo, hasta que por fin aterrizó sobre mi cadera. Estábamos unidos por completo. Entonces Cassie empezó a moverse, buscando la plena fricción de nuestros cuerpos. Cuando encontró el punto exacto que le satisfacía, empezó a cabalgarme como si ese fuera nuestro último día sobre la Tierra.

Traté de incorporarme para abrazarla, porque nuestros cuerpos estaban a punto de derrumbarse. Deseaba besarla. La busqué ávidamente con mi boca y Cassie empezó a gemir entre mis labios.

Justo cuando fui consciente de que estaba perdiendo el control, ella dejó escapar un grito que debió escucharse en todo el ático.

—¡Oh! ¡Samuel, otra vez! ¡Dios mío!

Me abrazó con fuerza. Y tembló. Cassie dejó escapar un último jadeo y a continuación estalló. Sus paredes internas empezaron a contraerse alrededor de mi miembro.

—Eso es, nena —gemí en voz baja, siguiéndola al instante.

Noté cómo la inundaba al instante. Mi semilla salía a borbotones mientras Cassie se derrumbaba sobre mí. Las sábanas estaban arruinadas probablemente, y me daba igual. La abracé durante unos minutos, mientras recuperábamos el aliento. Ni siquiera recordaba el motivo original de su visita. Esa distancia entre nosotros, cortés y profesional, había quedado dinamitada.

Fui consciente de que me había enamorado de ella. A fondo. Hasta las trancas. Y si ella me correspondía, si lograba que se me quedase a mi lado a pesar de mi adversidad y de lo que encerraba aquella casa, entonces íbamos a ser invencibles.

CAPÍTULO 9

CASSIDY

Me ruboricé una vez más, recordando lo que Samuel y yo habíamos hecho en aquel vestidor. La manera en que di rienda suelta a mis instintos más bajos y me concentré en disfrutar. Supongo que pensé: *si esta es la última vez que voy a estar entre sus brazos, entonces más me vale crear un recuerdo que jamás me abandone.*

Era sábado por la tarde y él y yo no nos habíamos despegado en las últimas veinticuatro horas. Samuel dijo que la ropa que había llegado podía esperar en las cajas, que era mucho más urgente profundizar en lo que habíamos empezado.

Salimos a cenar esa misma noche. Me llevó a *Clint*, un nuevo restaurante para el que yo misma había intentado reservar mesa hacía solo unas semanas, sin éxito.

Noté cómo algunas miradas indiscretas se detenían en nuestra mesa más de lo que a Samuel y a mí nos hubiese gustado. Aquel lugar estaba lleno de potenciales clientes, gente con la que nos podríamos cruzar en un futuro, tanto para él como yo. La comida estaba deliciosa y la compañía era aún mejor, pero supongo que ambos exudábamos esa energía desprendida en la cima del edificio Percival. No podíamos apartar los ojos el uno del otro.

Cuando ya nos íbamos me crucé con Cinthia Leighton, una de mis clientas recurrentes, acompañada de su marido. No podía decirse que fuéramos amigas, pero sí habíamos salido a tomar un cóctel alguna que otra vez después de poner en orden su armario.

Pero esa noche Cinthia estaba rara.

Nos encontramos en el guardarropa del restaurante y no tenía muy buena cara. Incluso me pregunté si algo le había sentado mal. Vio a Samuel a mi lado y bajó la mirada. Desde luego, no estaba tan habladora como en otras ocasiones.

Me miró con un gesto de preocupación, y mientras Samuel se adelantaba y se alejaba unos metros de mí, conversando con uno de los relaciones públicas, Cinthia se acercó a mi hombro y me preguntó:

—¿Está todo bien, Cassie?

—Claro, ¿por qué?

—Oh, nada. Solo vi que estabas con Percival. ¿Has cenado con él?

Supuse que mucha gente lo conocía. Asentí y le hice un gesto de despedida.

La verdad, me molestaba aquella actitud repentina de Cinthia. Primero, porque era evidente que habíamos cenado juntos. Que aquello era una cita. Era indiscreto preguntarme por ello directamente. Y segundo, porque saltaba a la vista que su pregunta no era casual o inocente. Era condescendiente, sonaba como si hubiese cometido el mayor error de mi vida.

—He de irme, Cinthia. Ha sido un día muy largo. Disfrutad de la noche.

—Tú también, querida. A ver si hablamos pronto...

No contesté. Me fui con Samuel, que me esperaba ya fuera, junto a la puerta del restaurante. Fue él quien me sugirió que esa noche fuésemos a mi casa, y a mí me pareció la mejor de las ideas. Algo dentro de mí quería alejarse de ese ático. Sentía que aquella no era plenamente la casa de Samuel, sino la de su familia. No le dije que había algo en ella que no me gustaba, porque deseaba que si tenía algo que contarme, saliera por su propia iniciativa.

Cuando llegamos a mi apartamento en Greenwich esa noche de sábado, Samuel pareció relajarse.

—Mi casa no es muy grande. Lo siento.

—No, no te disculpes, Cassie. Es perfecta. Me alegro mucho de estar aquí contigo.

Tomamos una última copa antes de irnos a la cama. Estábamos rendidos. Puse un disco de vinilo de Tom Waits y Samuel no perdió la oportunidad de acercarse a la pared para admirar mi modesta colección de música.

—Tienes buen gusto —me dijo.

—Gracias. Son solo piezas de segunda mano que encuentro a veces en el mercado de Subborn. Pero últimamente no voy todo lo a menudo que me gustaría.

—Mi madre detesta la música —contestó de repente—. Nunca nos dejó poner música en casa, por eso mis hermanos y yo siempre la escuchábamos en nuestro cuarto, con los auriculares puestos.

—Oh, vaya...Lo siento.

—No importa.

Cambió de tema. Era evidente que la familia era su talón de Aquiles. *Dale tiempo*, pensé.

A la mañana siguiente Samuel me dijo que tenía que hacer algunas cosas y que debía marcharse. Me dio un beso.

—Te echaré de menos —me dijo.

Algo se me quebró por dentro. Pero no me atrevía a preguntarle cuándo nos encontraríamos de nuevo. Era consciente de que habíamos pasado todo el tiempo juntos desde el viernes por la tarde, todo el fin de semana, y un poco de distancia, aunque fuese unas horas, nos vendría bien.

Lo acompañé a la puerta. Allí, me abrazó de nuevo, con fuerza, y me besó apasionadamente antes de despedirse. Sus palabras, convertidas en un placebo, aplacaron mis nervios:

—¿Nos vemos luego, Cassie? ¿Por la tarde? ¿Te gustaría venir a casa? Solo si no tienes planes, claro.

No, no los tenía.

—Supongo que deberíamos organizar el vestidor —murmuré.

Samuel se rio.

—Es cierto. Ni me acordaba. Haremos eso, si te parece.

Se marchó, dejándome con ganas de más.

Cuando cerré la puerta y me metí en la ducha, permitiendo que el agua resbalase sobre mi piel durante muchos más minutos de los que acostumbraba, la realidad me sacudió. Fui consciente de lo que me sucedía.

Dicen que cuando necesitas pensar, o encontrar la solución a un problema, lo mejor es dar un paseo o darse una ducha. El agua canaliza tus emociones y te aporta claridad.

Estaba enamorada de él.

Y eso me aterraba porque me ponía en una situación vulnerable.

Había pasado demasiado rápido, en apenas unos días, y me aterrorizaba pensar que no podía hacer nada al respecto.

No hacía ni una hora desde que nos habíamos separado y ya estaba deseando volver a su lado. En aquella casa perturbadora o donde fuese.

Salí de la ducha, me sequé y me vestí. No recuerdo si ese día comí algo. Solo sé que durante las siguientes cuatro horas fijé mi vista en el reloj que tenía en la pared de la cocina y me dediqué a observar el ínfimo movimiento de las manecillas, a contar los minutos que faltaban hasta nuestro siguiente encuentro.

CAPÍTULO 10

CASSIDY

Eran las siete de la tarde cuando llegué al rascacielos Golden Percival. Había otro portero, no era el mismo que me había recibido en mis dos anteriores visitas, cosa que agradecí, porque aquel tipo no perdía la ocasión de soltar alguna “bromita” sobre los Percival. ¿Estaría Samuel al tanto de eso?

—Puede subir —me dijo amablemente, en cuanto colgó el intercomunicador.

—Gracias.

Fui muy consciente de las emociones que me inundaban durante aquel eterno trayecto en ascensor hasta la planta número veintiséis. Estaba alterada, impaciente. Ya ansiaba el abrazo y el beso que me esperaban junto a la puerta. Era una sensación placentera y nerviosa al mismo tiempo. Como cuando estás ya en la cama, a oscuras, y no puedes dormir debido a la excitación por algo que sucedió durante el día.

Aquella zozobra se apagó de un plumazo en cuanto llegué a mi destino, la puerta del ascensor se abrió y observé que no era Samuel quien me esperaba junto a la puerta, abierta de par en par.

Era Sheila.

El ama de llaves.

Sonreía con ese gesto impostado y profesional que yo tan bien conocía.

—Cassidy, adelante.

No esperaba su presencia. Para nada. Samuel me había dicho que durante los fines de semana ella apenas aparecía por allí.

—¿No está Samuel? —murmuré.

—Oh, no. Volverá enseguida. Ha salido a comprar algo. Estaba al tanto de tu visita, aunque me dijo que no sabía la hora exacta a la que vendrías.

La seguí por el vestíbulo en dirección al salón principal.

—Siéntate, por favor. Ponte cómoda. No creo que Samuel tarde mucho. Yo he de arreglar unas cosas en la cocina.

Hice lo que me sugería, aunque no me apetecía mucho estar allí sola, tan cerca de la condenada puerta amarilla. Fijé la vista en ella, era demasiado llamativa. Por suerte, Sheila no comentó nada acerca de nuestra atropellada despedida de la otra vez.

—Samuel ha...¿salido a comprar? —pregunté, antes de perderla de vista.

Me parecía extraño, eso era todo. Sabía muy bien que él no se dedicaba a menudencias de ese tipo. Tenía personas que podían hacer cualquier recado por él, incluida la propia Sheila. ¿Por qué había salido a comprar precisamente a la hora en la que yo iba a llegar? Sí era cierto que no habíamos concretado una hora exacta, por eso aparecí a la misma que el viernes: las siete de la tarde. No tenía sentido que no estuviese allí. ¿Se había olvidado de lo que habíamos hablado esa misma mañana?

Sheila se cruzó de brazos antes de contestarme:

—Sí. Se ha marchado a comprar algo para ti, así que me temo que yo no podía ayudarlo. Me dijo que era algo personal.

El ama de llaves se dio la vuelta. Me llamó la atención que, con lo profesional y servicial que era, no me ofreciese nada de beber.

Traté de relajarme en el cómodo —y carísimo— sofá de cuero. Aquella pieza de diseño era la nota discordante del salón, la más moderna. Clavé la mirada de nuevo en aquella maldita puerta, en la cerradura que dejaba pasar la luz. ¿Seguiría allí aquella mujer?

Esto es ridículo, Cassie. Tienes que hablar con él. Tiene que explicarte quién es su rehén. Quién es la mujer que hay detrás de esa puerta.

Respiré profundamente, tratando de serenar mis pensamientos. Todo estaba en silencio en la casa sin música. Tal vez la rehén ya no estaba allí.

Saqué el móvil del bolso para revisar mis emails. Aquel fin de semana había ignorado por completo cualquier cuestión relacionada con el trabajo. El último correo era de Sarah. En el asunto ponía **“Todo bien?”**. Eso era todo. El interior del email estaba vacío. Cerré la *app* y pensé que, de todas formas, la vería al día siguiente en nuestra oficina, como todos los lunes. Ya tendríamos tiempo para ponernos al día.

En ese momento mi móvil sonó. Me sorprendió el nombre que vi en la pantalla.

Cinthia Leighton me estaba llamando.

Salté enseguida del sofá. Mi cuerpo se tensó. ¿Debía cogerlo?

Intenté silenciar la llamada, pero mis dedos no acertaban. Finalmente, y temiendo que apareciese de nuevo Sheila por el salón, decidí atenderla.

—Cassie —oí su voz al otro lado de la línea.

—Hola, Cinthia. Qué sorpresa...no lo esperaba.

—¿Puedes hablar?

Dudé un instante antes de decir que sí. Miré alrededor. Si era Cinthia quien me había llamado probablemente se trataba de alguna propuesta de trabajo. Alguna amiga suya necesitaba ropa nueva, o algo así. Era extraño que no hubiese esperado hasta el lunes. Pensé que podía atender sin problemas la llamada. Al menos eso me distraería de la maldita puerta.

—Te escucho —le dije.

—Es solo que...me sorprendió verte ayer acompañada de.... Disculpa si estaba un poco rara...

—¿Por qué?

Si la conversación era un poco monosilábica por mi parte, si solo le daba la réplica, ni siquiera Sheila sabría de qué estábamos hablando aunque escuchase detrás de una puerta.

—Verás. Voy a contarte algo rápido. Creí que era importante llamarte lo antes posible, ya que vi que estabas con Samuel Percival.

Oír su nombre hizo que mi corazón se acelerase. Instintivamente, caminé de nuevo hacia el sofá y cogí mi bolso.

—¿Qué sucede, Cinthia? —dije, bajando el tono de voz.

Me acerqué a uno de los ventanales con vistas laterales a Central Park, lejos de la puerta, y lejos también del pasillo por el que se había perdido Sheila. Cinthia, al otro lado de la línea, respiraba hondo, como si tratase de quitarse un peso de encima.

—Al salir del restaurante mi marido me preguntó si estabais juntos. Le dije que no tenía ni idea, que si era así, debía ser más o menos reciente. Perdona la indiscreción, Cassie, pero tenía que llamarte. Lo que me dijo a continuación no me gustó.

—¿Qué dijo?

A aquellas alturas de la conversación el corazón me latía como nunca. Totalmente concentrada en la voz al otro lado de la línea, ni siquiera me di cuenta de cómo había comenzado a caminar hacia la puerta amarilla.

—Lo que sabe se lo ha contado el amigo de un socio de Logan Wolf.

Torcí el gesto al escuchar aquel nombre. Me habían contado que Wolf ahora salía con Faith Bell, la cantante. *El mundo es un maldito pañuelo.*

—Te escucho, Cinthia.

—Seré breve. Solo quería que tuvieses esta información. Haz lo que quieras con ella. El colega de Wolf le contó a mi marido que las relaciones de Samuel con las mujeres son cuanto menos...extrañas. Solo se le conocen dos novias, y ambas son de hace tiempo. Al parecer no ha estado con nadie en los últimos tres años. La cuestión, Cassie, es que dicen que durante el tiempo que estuvo con ellas no se las vio. El patrón se repitió en ambos casos. Las encerró en su casa. En su mansión en el ático del edificio Percival. Eso es lo que dicen...

Noté como mi mano empezaba a temblar. Buscaba a toda velocidad alguna palabra y ninguna abandonaba mi garganta.

—Cinthia...Gracias, pero yo...

—Siento si esto ha sido una indiscreción. No es asunto mío, supongo. Y ya te digo, nada de lo que te he contado es información de primera mano. Pero pensé que era mejor prevenir. No sé, me dio la sensación de que lo vuestro era muy reciente...Cassie, tengo que dejarte. Llámame un día y almorzamos.

Cinthia colgó. Me pareció que acababa de arrepentirse de haber hecho aquella llamada. En aquel momento mi mirada se clavó de nuevo en la puerta amarilla.

Empezó a moverse levemente, como si alguien tratara de abrirla desde el otro lado. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

¿En qué has estado pensando, Cassie? Dos personas distintas te han mencionado lo que pasa en esta casa. Y tú acudes presta y solícita buscando a un hombre que apenas conoces. ¿Acaso te has vuelto loca? ¿Quieres más pruebas?

Entonces la rehén llamó a la puerta. Unos nudillos golpeando la madera. No lo hizo con insistencia, o con urgencia, como si quisiera que la sacasen de ahí. No. Era una llamada sutil. Como si, simplemente, quisiera saber quién estaba al otro lado.

Como si quisiera conocerme.

Aquello me superó.

Me fui.

En ese momento salí corriendo del ático de Samuel Percival con la intención de no volver a pisarlo. Y lo hice corriendo. Corrí hasta los ascensores, a pesar del grito apagado que profirió el ama de llaves.

Ignoré la llamada de Sheila. Huí con la intención de olvidarme de una vez de Samuel Percival, de anticiparme a mi herida, de enterrar en mi memoria esa semana que jamás olvidaría.

CAPÍTULO 11

SAMUEL

—Cassie, ábreme. Sé que estás ahí. Te estoy oyendo respirar. Por favor...

Volví a llamar con los nudillos, sin obtener resultado. El corazón me iba a mil por hora, pero no quería perder la calma. Eso no me ayudaría.

—Cassie, tenemos que hablar. No me iré hasta que no te vea —insistí.

Nada.

Miré mi reloj. Eran casi las nueve de la noche. Llevaba veinte minutos esperando detrás de aquella puerta.

No entendía qué había pasado. Había salido a comprar unas flores y una botella de vino especial. Una que Cassie había mencionado durante nuestra cena y que no estaba en la selección de mi bodega. Al volver a casa, me encontré allí con Sheila. Me enfadé. No estaba cuando yo me marché. Tampoco esperaba demorarme tanto, pero es que había tenido que ir a tres malditas tiendas hasta que encontré el vino.

Me dio igual. En el fondo fue útil que Sheila estuviese en el ático, porque pudo darme algo de información.

—Se ha ido corriendo —me dijo—. La dejé en el salón, esperándote. Alguien la llamó por teléfono. Y después se marchó corriendo, sin despedirse. Tal vez recibió malas noticias.

Todo aquello me dio mala espina. Siempre que Sheila aparecía en escena Cassie salía corriendo. No creo que fuese una simple casualidad.

Dejé la botella de vino y las flores y me marché de nuevo. A buscarla.

Antes de salir de casa, le dije a Sheila, sin medir las consecuencias:

—Hoy es el último día que trabajas aquí, Sheila. Deja todas las llaves sobre esa mesa. Y cuando vuelva quiero que esa maldita puerta esté abierta. Quiero que vayas a Inglaterra con mi madre. Y quiero que te lleves contigo a Renée.

Me fui a toda prisa, sin darle demasiadas opciones.

¿Y todo para qué? Había servido de poco. Cassie no quería verme ni en pintura.

Me senté junto a la puerta de su apartamento. No podía estar cien por cien seguro de que ella estuviese allí dentro, ni mucho menos que pudiese oírme al otro lado de la puerta. *Debería haberla esperado en casa.*

—Soy consciente de lo que se dice de mí, Cassie. Créeme que lo soy. Y no puedo hacer nada para frenar esos ridículos rumores. Lo que sí puedo hacer es contarte quién hay detrás de la puerta amarilla, si quieres escucharme...

Apoyé la cabeza contra la pared y abracé mis rodillas.

—Es mi hermana pequeña, Renée. Ella es la persona que ha estado encerrada en casa. Y créeme que me opuse a ello...

Oí un “clic”.

Era la puerta del apartamento de Cassie. No se abrió del todo. Solo unos cinco centímetros. Lo suficiente para que pudiese apreciar sus ojos. Había llorado.

—Cassie, necesito abrazarte...

—Necesito saber todo, Samuel. Quién es en realidad esa horrible mujer que gobierna tu casa, y si es tu hermana la chica encerrada, ...¿por qué?

Me acerqué a Cassie a través de aquella rendija. Me moría de ganas de tocarla y besarla.

Por supuesto que le contaría todo.

—Renée, mi hermana, tiene veintiséis años. Es la oveja negra de la familia, al menos eso es lo que piensa mi madre. En cuanto cumplió los dieciocho años cobró la parte que le correspondía de la herencia que nos dejó mi padre. También se marchó a vivir sola a un apartamento del Bowery. Siempre ha sido alguien especial. Nos dijo que iba a dedicar sus días a escribir poesía.

La puerta se entornó medio centímetro más, aunque me sería imposible abrirla hasta que Cassie no retirase la cadena de seguridad con la que se había encerrado.

Seguí contándole la historia. La “vergüenza” familiar que mi madre había tratado de ocultar a ojos del mundo:

—Como te conté, mis dos hermanos dejaron la ciudad en cuanto les fue posible. Se fueron, literalmente, al otro extremo del mundo. Uno a China, el otro a la Antártica. Era como si quisieran poner toda la distancia entre ellos y...mi madre. Mi madre, Cassandra, es una persona difícil. Es severa, pero lo peor de todo es que es imprevisible. Ella no nos crió en realidad. Lo hizo un ejército de carísimas niñeras. Nosotros éramos tres chicos, y nos hacíamos compañía entre nosotros. Pero Renée nació cuando ya éramos casi unos adolescentes, y esa diferencia de edad era, en nuestro caso, un abismo de incomprensión. Mi hermana creció prácticamente sola. Y no hace falta ser un lince para deducir que eso no salió bien.

Oí como Cassie se levantaba del suelo. Estaba sentada a la misma altura que yo, solo que al otro lado de la puerta. *Odio las puertas cerradas*, pensé.

Yo también me puse en pie. Cassie estaba retirando el seguro del pestillo. Abrió la puerta. En efecto, había estado llorando.

La atraje hacia mí. La abracé.

—¿Por qué está encerrada? —preguntó Cassie, sin levantar aún la mirada para encontrarse con la mía.

Respiré hondo. No era un tema fácil para mí. Pero le contaría todo lo que ella deseara saber, por supuesto.

—Como te decía, Renée se marchó de casa para vivir sola. No tenía que trabajar, pues junto con aquel apartamento recibía ingresos regulares que provenían del fondo familiar. Todo iba bien, o eso creíamos. No nos reuníamos a menudo, únicamente en Navidad. Ese era el momento no negociable del año, cuando todos debíamos viajar a Inglaterra para pasar un tiempo con nuestra madre y la familia que tenemos aún allí. Eso fue hace cuatro años. Era Navidad. Yo ya estaba en Londres, esperando a Renée en el aeropuerto. No apareció. Perdió el vuelo. Mi madre se puso furiosa.

Noté como los músculos de Cassie se iban destensando, pero aún no me atrevía a dar un paso más y entrar en su apartamento. Continué con la historia:

—Creímos que Renée estaba ocupada. Había empezado a estudiar escritura creativa y se le daba muy bien la poesía. Yo creí que estaría encerrada en casa, escribiendo. De regreso a Nueva York, en el vuelo, acompañado de mis hermanos y mi madre, me di cuenta que hacía siete meses que no veía a mi hermana pequeña.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Cassie.

Estaba deseando besarla.

—Creo que he de ahorrarte algunos detalles escabrosos. Mi hermano Julian la encontró al cabo de unos días. En la calle, en plena noche. Estaba casi inconsciente. Fue entonces cuando descubrimos que Renée tenía un serio problema con las drogas. Llevaba meses sin escribir ni una sola línea y nos enteramos de que pasaba muy poco tiempo en su apartamento. Obviamente, era mayor de edad y no podíamos obligarla a nada, pero mi madre no podía soportar ver a su hija en ese estado. Así que la encerró. En el ático familiar del Golden Percival. Esa fue la primera vez que la privó de libertad.

—¿La primera vez?

Respiré hondo.

—He de reconocer que aquella medida drástica funcionó, aun teniendo serias dudas sobre la legalidad de lo que hicimos. O más bien, de lo que mi madre hizo, en colaboración con su amiga íntima, Sheila. Creo que ya la conoces. Mis hermanos volvieron a marcharse. No querían ser testigos ni cómplices de todo aquello. Yo me pasé día y noche diciéndole a mi madre que teníamos que hacer las cosas de otra manera. Convencer a Renée para que entrase voluntariamente en una institución, con profesionales que la ayudasen. Pero...mi madre no quería que nadie se enterase. Creía que era una vergüenza para los Percival y que los trapos sucios...debían de lavarse en casa.

—¿Y entonces, tu hermana volvió a...?

—Hace dos semanas —confesé—. Sufrió una recaída y volvió a casa, esta vez por su propio pie. Así que mi madre volvió a encerrarla en casa. En el ático en el que yo he estado viviendo todos estos años, y del que me iré en breve. Supongo que entiendes por qué.

En ese momento, Cassie levantó sus ojos. No pude resistirme más, la besé.

—Quería contarte todo esto, Cassie. Sobre todo, porque quiero que sigas en mi vida.

—¿Dónde vas a vivir?

—En el Upper West Side. Compré una propiedad hace unos años, solo como inversión. Nunca pensé que yo mismo acabaría viviendo allí. Pero ya está decidido: me mudo en apenas un par de semanas.

—¿Y qué pasará con Renée?

—Se encuentra mucho mejor. Es plenamente consciente de su problema. Mi madre pasa temporadas cada vez más largas en Inglaterra. Se irá allí con ella. Y en cuanto a Sheila...es ella la única persona que tenía acceso a mi hermana. Era ella quien le llevaba la comida todos los días, quien se aseguraba de que no le faltase nada. Quien retiraba sus sudores fríos. Quien tenía la llave de esa puerta. No ha sido agradable, créeme.

—Lo imagino. Siento todo el malentendido, Samuel. Es solo que...

—No tienes que disculparte. Es una presencia turbadora. Es como Rebecca de Manderley, y por cierto, le he pedido que abandone la casa y que lleve a mi hermana a Inglaterra. Allí estará mejor, se recuperará y podremos ir a visitarla. Estará lejos de esas compañías que frecuentaba...

Cassie se puso de puntillas, buscando de nuevo mis labios. La estreché con fuerza entre mis brazos.

—Te necesito a mi lado, Cassie. Cuando me cuentan que has huido, con toda la razón del mundo, siento la necesidad de correr detrás de ti, encontrarte de nuevo.

Entramos en su apartamento, directos hacia el sofá.

Cassie se rio por primera vez desde que había llegado.

—Qué pasa. Cuéntamelo.

—Samuel, las cajas...la ropa.

—No te molestes. Se queda en las cajas. No necesitamos recolocarla en el vestidor. Se va directamente a la mudanza.

Se acurrucó contra mi pecho.

—Tal vez puedo echarle una mano con eso.

Busqué sus labios.

—Eso no será necesario. Lo que sí me gustaría es que esté todo a tu gusto. Quiero que me acompañes, Cassie. Quiero abandonar el Golden Percival, pero contigo a mi lado.

El brillo repentino de sus ojos fueron toda la respuesta que necesité.

EPÍLOGO

Un año después

CASSIDY

Samuel miraba nervioso a izquierda y derecha. Le agarré la mano para tranquilizarlo. Aquello no pareció suficiente, así que me incliné y le di un beso.

—Este no es mi ambiente, estarás de acuerdo —me dijo.

—Tampoco es el mío. Y mírame, aquí estoy, rodeada de estudiantes bohemios.

—Ya. Pero tú eres una todoterreno. Te adaptas a todo. Y yo no puedo desprenderme de esa sensación...de que todo el mundo me esté mirando.

—Eso es porque eres muy guapo, Samuel Percival.

—Nah. Tal vez se preguntan cómo he conseguido que una mujer como tú me acompañe.

Me reí.

—Shhh...Está a punto de empezar.

Las luces del *Lake Crystal*, un acogedor bar de Brooklyn conocido por sus veladas de poesía, empezaron a bajar su intensidad. Era el turno de Renée, quien esa noche presentaba su primer poemario. Me sorprendió la cantidad de gente que la hermana pequeña de Samuel había congregado para su recital.

Salió al pequeño escenario. Sonrió a la audiencia, desplegó la primera página, y leyó un poema que yo ya conocía y me había encantado. Se titulaba *Las ánimas transoceánicas*.

Era increíble el cambio de esa chica en apenas un año. Su recuperación había ido totalmente en paralelo a nuestra mudanza. No tardamos doce meses en instalarnos en el nuevo ático de Samuel, pero el tiempo pasó tan rápido que cuando quisimos darnos cuenta Renée ya había regresado a Nueva York, salía con una chica, una joven profesora de la Universidad de Nueva York, y había pulido su primer libro de poemas.

¿Y nosotros?

He de confesar que hasta no hace mucho seguía buscando grietas en nuestra relación. Mi historia me decía que nada podía ser tan perfecto, y más después de aquella primera semana, cuando bregamos con un secreto familiar que pesaba tanto.

Bien: no había grietas.

Lo nuestro era puro cemento armado.

Abandoné del todo mis inseguridades esporádicas hace unas semanas, cuando Samuel me sorprendió con un gigantesco anillo de compromiso. Habíamos decidido tomarnos unos días de vacaciones y volamos a Florida en un *jet* privado. En una playa blanca, al anochecer, Samuel se arrodilló y me dijo lo perfecto que había sido todo en los últimos meses.

Puso el anillo en mi dedo y yo dije “sí”. O no en ese orden, primero dije “sí” y luego vino el

anillo.

Me habló de la serenidad de la que disfrutaba desde que había abandonado el ático del Golden Percival, que por el momento permanecía cerrado, a la espera de que su madre decidiese qué harían con él.

Ninguno de los hermanos está particularmente interesado en el hogar en el que crecieron. Y parece que a todos, sin excepción, les ha sentado bien poner un poco de distancia con su madre, a la que siguen viendo en fechas señaladas. Hacía solo unas semanas que Cassandra nos había comunicado su decisión de quedarse a vivir en Londres definitivamente.

Y que Sheila viviría con ella.

Que no se esconderían más y vivirían su relación con naturalidad.

¡Qué familia, señor!

Renée terminó su lectura. Un estruendoso aplauso llenó el local.

Observé el perfil de Samuel y me encantó su expresión de orgullo. No me pude reprimir. Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—No sé nada de poesía, pero diría que es bastante buena, ¿no?

El público se puso en pie.

No pudimos acercarnos a Renée más que para despedirnos e invitarla a que viniese a cenar a casa un día acompañada de Trinity, su chica. El público la rodeaba y formaban ya una desordenada fila para que les firmase su libro de poemas.

—¿Nos vamos? —me preguntó Samuel—. Dejémosla con su baño de masas.

Asentí. El chófer nos esperaba a la salida del local. En el asiento trasero del coche apoyé mi cabeza en su hombro y admiré las luces nocturnas de nuestra ciudad. No me cansaba de tanta vida. Era feliz. Me alegraba tanto de no haber hecho caso de aquellos absurdos rumores que circulaban sobre mi prometido... Y aunque los hubiese creído, me confesó Samuel un día, habría dado exactamente igual.

—Hubiese esperado horas sentado en la puerta de tu apartamento hasta que me escucharas. Hasta que me dices la oportunidad que creía merecer —me había dicho en un par de ocasiones.

Antes de que el coche se pusiera en marcha, Samuel le pidió al chófer que aguardase un momento.

Estiró el brazo, abrió la puerta trasera por la que habíamos entrado en el coche y la cerró de nuevo correctamente.

Sonreí.

—Tal vez hoy no tengo demasiada fuerza —le dije.

—¿Eso es algún tipo de excusa, señorita Cassie?

Me besó de nuevo. Un viejo y conocido hormigueo se instaló entre mis piernas. Sonreí, sabedora de lo que me esperaba al llegar a casa, mientras pensaba al mismo tiempo que a mi futuro marido no le gustan las puertas cerradas.

¿Quieres más Elsa Tablac? Echa un vistazo a cada una de las entregas de esta serie de romances independientes y autoconclusivos: [MILLONARIOS DE MANHATTAN](#).

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#).
Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

La rehén del millonario

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)

[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)

[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)

[Cerca de tu mesa](#)

[Fuera de mi alcance](#)

[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)

[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)

[El profesor de inglés](#)

[La reportera](#)

[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña

[A ocho metros del leñador](#)

[A cinco minutos del guardabosques](#)

Título independiente

[La huida de Bella](#)